

Edificio: una construcción magistral

Ana Clavel

Puedo imaginarme a Ana García Bergua escribiendo las primeras historias de lo que se convertiría en su libro *Edificio*. Un poco al azar, con una imaginación poderosa que toma cualquier pretexto para entretejer una historia —como escuchar unos pasos que se arrastran en el piso de arriba—, o para descifrar el haz de conflictos que se anuda detrás de un gesto o una acción mínima como escoger una corbata con motivos de perro para acudir a una cita. No en balde, en su primer volumen de relatos publicados con el título *El imaginador* (1996), el narrador confiesa:

Llevo tantas horas aquí que no he tenido otro remedio que imaginar para matar el tiempo, imaginar qué hay en cada departamento, y sólo he podido concebir departamentos tristes, oscuros y olorosos a guisos recalentados, pero llenos de niños. Parvadas enteras de niños correteando por salitas diminutas, destrozando los tapices y los enseres de plástico sin que haya alguien con tiempo o convicción de detenerlos, ni siquiera con interés. Y me intriga pensar qué están haciendo ahora esos niños, dónde están sus madres solitarias o sus padres desesperados, dónde estará la mujer que, supongo, vive en el departamento tres —el más pequeño— y que seguramente arraiga como puede a sus amantes a esa diminuta y asfixiante habitación hasta que salen empavorecidos dejándole como recuerdo unos cuantos pesos, o unos gruñidos sonrientes mientras le hacían el amor.

De manera más deliberada, “la imaginadora” actual responde a todas esas interrogantes y sugerencias que su curiosidad le propone desde una razón de ser narrativa. Pero las respuestas de Ana García Bergua no son convencionales, rozan el absurdo y

la sordidez, son increíblemente imaginativas, discretamente geniales. De una estirpe semejante a la de Benjamin Péret, Julio Torri, Max Aub, Julio Cortázar, que han hecho de la imaginación inusitada un terreno subreal fértil y poderoso en el que brotan flores en apariencia cotidianas. En particular, dado que las historias de este edificio se cruzan y se atisban de un departamento a otro, de tal modo que los vecinos referidos en un relato son los protagonistas de la siguiente historia, es posible trazar un paralelo con *La vie, mode d'emploi* (1978) de Georges Perec, que cuenta la vida de los habitantes de un edificio con desplazamientos de un departamento a otro inspirados en el movimiento del caballo de ajedrez.

Lejos de un esquema formal semejante, los cuentos de *Edificio* de Ana García Bergua crecen casi de manera natural y azarosa, como esos encuentros fortuitos que tenemos con los vecinos en un pasillo, en la azotea, en la entrada del inmueble. Crecen, surgen, se desarrollan con gracia y discreción, con mesura y reposo. Y de esta manera van envolviendo al lector en su dulce trama de melancolía implosiva, de fracaso latente cuando no verdaderamente presencial. ¿Será acaso porque escribir sobre departamentos obliga a una gravitación introspectiva, a que las dimensiones de esos espacios de vida, esas paredes de palabras e intenciones más que actos se vuelvan sobre los personajes y amenacen con sepultarlos en su dinámica claustrofóbica y de agujeros negros?

La estructura que los contiene, esa construcción urbana que unas veces aparenta ser un edificio antiguo, otras más moderno, otras pequeño, otras de mayor tamaño, es un contenedor orgánico que se metamorfosea y por sí mismo exhala un aliento de bestezuela insatisfecha, como otro persona-



je más. Y la mirada de Ana García Bergua es paciente y sutil, paso a paso va desembrollando las vidas posibles de los inquilinos de este edificio verbal y lo hace con un decoro en el que no están exentos la ironía, la crudeza pero también la ingenuidad, el juego. ¿El resultado? Historias en las que la sordidez se da la mano con la ternura como en el relato “La bolsa”, en el que un muchacho del departamento 204, va y viene al supermercado para abastecer las botanas de una decadente fiesta familiar y en el camino lo mismo atisba el ataúd de un vecino que es velado de puertas abiertas al corredor, que se enfrenta al hallazgo casi amoroso en la figura de otra adolescente tan desaliñada y torpe como él, que trabaja de cerillo en las cajas del súper. Su percepción permanente de hallarse inadecuado, fuera de lugar, más allá de ser un rasgo legítimo de pubertad, ejemplifica el estado larvario de la mayoría



Ana García Bergua

de los habitantes de este *Edificio*: seres incabados, en un tránsito desconocido, detenidos en estos departamentitos del tiempo y de la vida, sin saber cómo actuar, cómo enfrentar sus destinos, en una suerte de parálisis emotiva y pulsional, que no pocas veces los lleva a atisbar por entre las cortinas y fisgonear la vida de sus vecinos.

Así pues, no son pocos los inquilinos que fantasean con la rubia del departamento 5, aunque sólo uno de ellos, un marido convencido de que su mujer le es infiel, acude a descargar con ella su sed de sentirse vengado, pero será en particular el portero, personaje incidental y circunstancial en varios relatos, quien se atreva a descolgarse por los ventanales para merodear en el departamento de la rubia enigmática que le ha quitado la tranquilidad y su tradicional bonhomía en el cuento “Los tormentos de Aristarco”.

Entre este río sosegado de pasiones dulcemente cruentas, hay también historias extrañas, surgidas del delirio y de neurosis asfixiantes que dan lugar a un remanso inusitado de perplejidad y desconcierto, como

en el relato “Los aplausos”, en el que el protagonista es recibido en su departamento por un grupo de desconocidos que le proponen una dosis grandiosa de aplausos y que él trata de explicarse como una fiesta sorpresa que, según todas las señales, en realidad nunca ocurrió. De hecho, éste es el corte de las historias que me resultan más entrañables de *Edificio*, relatos en los que la lógica tiene que dar marcha atrás, cuya imaginación exultante los coloca en el trampolín de un salto mortal doble de una realidad que no sigue las reglas. Aquí sitúo cuentos extraordinarios en el sentido más literal, como “¿Y si no abro los ojos?”, “El escondite” y “Bigamia”.

En el primero de ellos, se nos presenta una situación en principio banal: qué pasaría si al despertar un día, decidimos no abrir los ojos como Rubén, otro vecino del *Edificio* de Ana García Bergua. Sí, se trata tal vez de gastarle una broma a la esposa, de fingirse dormido, de descansar otro poco antes de arremeter con las tareas del día. Pero la autora, que recrea la voz interior de este simple durmiente, lleva la historia hasta sus últimas consecuencias: ante la familia reunida, la visita del doctor de cabecera, las horas que pasan sin que Rubén decida abrir los ojos, la llegada de la ambulancia parecen sugerir un desvío en la lógica de los hechos, una salida lateral imprevista y perturbadoramente desconcertante. Se confiesa el personaje a sí mismo:

... esto está llegando lejos, ¿hasta dónde podrá llegar?... Quizá debería abrir los ojos: todos me reprocharían el gasto de los camilleros, la ambulancia, qué clase de broma es ésta, me dirían. Ya ni siquiera sé si puedo abrir los ojos, me da miedo probar a hacerlo y no poder. Estamos dando tumbos, siento la lluvia que me cae en el rostro al salir del edificio, las luces de la ambulancia girando frente al portón.

“El escondite” es un relato fascinante: una pareja juega a las escondidas para dis-

traerse del tedio en que ha caído la relación. Al principio, ambos encuentran divertida y hasta placentera la situación, pero conforme los espacios en el departamento se van reduciendo, uno y otra pierden interés... hasta que Concha se esconde en el clóset de blancos y ahí encuentra un hallazgo que dará un giro radical a sus vidas: casi como descubrir la maravilla de una segunda existencia a través del espejo con su dosis de azar, magia e inocencia primeras.

En “Bigamia”, el inquilino del departamento 11 goza de una vida plena: tiene dos esposas que aunque no se llevan bien entre sí, han aceptado compartir a su hombre. Incluso, la situación se vuelve paradisiaca cuando él compra el departamento de arriba y destina a una mujer en la anterior casa, y a la otra, en el nuevo departamento, razón por la cual el hombre sólo tiene que subir y bajar por el boquete abierto entre el piso y el techo de su doble nido de amor. Todo es perfecto hasta que un día el boquete se encuentra tapiado... Pero la resolución de esta historia nos lleva de una sorpresa a otra: como si en medio de la gravitación pasional que habita entre cuatro paredes, los personajes de este *Edificio* encontraran un pasadizo secreto, una salida inusitada, un golpe de aire imaginativo capaz de renovarles el alma y el sentido de la vida. Y a nosotros, sus lectores, de refrescarnos la mirada en medio de un panorama de construcciones verbales inútiles o fallidas, como las que acostumbra apilarse, a la manera de edificios maltrechos y frágiles, en las mesas de novedades de nuestras cada vez más escasas librerías.

Así, con su último volumen de cuentos, Ana García Bergua abre compuertas a su imaginación diluviana y construye diques, pasadizos, estancias, habitaciones, un edificio de pasiones secretas, de fantasías desbordadas, urdidas y entrelazadas en una construcción impecable, sencilla, magistral. **U**

Ana García Bergua, *Edificio*, Páginas de Espuma, Madrid, 2009, 152 pp.

Los cuentos de *Edificio* crecen casi de manera natural y azarosa. Se desarrollan con gracia y discreción.